



Noche de película

Lorena Pacheco



Noche de película
octubre, 2015

© Lorena Pacheco, 2015

Publicado por:
© Escarlata Ediciones S.L., 2015
www.escarlataediciones.com
Barcelona

Fotografías de la cubierta: ©Fotolia, ©Pixabay

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información por ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.



Me dejé caer sobre el sofá con un cubo de palomitas entre las piernas, calentitas bajo mi pijama de estrellas. Mi amigo me agarró con un brazo, mientras que con el otro preparaba el cojín que le impediría ver más de la mitad de la película.

—Joder, Gus, ni siquiera la he puesto y ya estás cagado.

Él me dio un codazo, pero no bajó su escudo.

—Déjame —dijo entre dientes—, me siento más protegido así.

—Claro —bufé yo—, porque los cuchillos no atraviesan cojines. ¡Dios bendito! ¿Por qué no se me había ocurrido antes?

—Vete un poquito a la mierda, Berenice —refunfuñó—. O le das al play o me voy con Zoe ahora mismo.

Nuestra amiga había decidido acudir a una fiesta de disfraces que organizaba uno de sus amigos (que en su caso eran amantes). Había insistido en que la acompañáramos, pero yo no estaba de humor últimamente para ese tipo de eventos. Elías volvía a quedarse trabajando hasta tarde una noche más, hecho que se repetía a menudo y me estaba empezando a cabrear. Por fortuna, Gustavo se ofreció a hacerme compañía, cosa que agradecí enormemente. Lo que me

hacía falta era una distracción como aquella.

Miré de arriba abajo su pijama de seda y sus calcetines de pingüinos y alcé una ceja.

—Desde luego, llamarías la atención con ese disfraz.

¿Cómo iba el presumido de Gus a plantarse en una fiesta de Halloween con semejante atuendo? No, claro que no, eso habría sido un sacrilegio para alguien que empleaba al menos una hora diaria en acicalarse lo suficiente como para aceptar salir a la calle.

—Come y calla —me espetó y se hizo con un puñado de palomitas para metérmelas en la boca.

Mastiqué y reí a la vez, así que estuve a punto de atragantarme.

—Qué susceptible, princesa —murmuré después de casi atragantarme—. Anda, apaga la luz.

Me miró como si me hubiese vuelto loca.

—¿Qué? —pregunté yo—. Se refleja la lámpara en la pantalla y, además, así nos metemos de lleno en la peli.

—Be, es que no quiero meterme en una peli en la que descuartizan a todo el reparto.

Bufé, harta de tanta tontería y la apagué yo misma.

—Asquerosa —masculló por lo bajo.

Sonreí satisfecha y di al play.

La cosa empezó como tantas otras veces: un grupo de jóvenes que se iban de acampada y contaban leyendas urbanas alrededor de una hoguera. Al chulo del grupo, el que iba de listo, se lo cargaron el primero; no lamenté su muerte, sino que me alivió saber que no iba a volver a abrir su estúpida boca. El cadáver lo encontró su novia buenorra, que, curiosamente y de forma muy original, se encontraba en bragas y sujetador. La muerte de ella no la tuve muy clara, porque empecé a fijarme en su culo de piedra y a repasar mentalmente los ejercicios que debía haber hecho para mantenerlo así. A Elías le habría gustado y eso hizo que me alegrara también

cuando se la llevaron por delante. Ni en una película como esa podía desconectar de mis demonios.

—No puedo mirar —decía Gus a mi lado, aunque asomaba sus ojos asustadizos por encima del cojín.

—De momento va bien la cosa —dije yo—. No me cae mal el asesino. Primero el chulo bocazas, luego la zorra ingenua y ahora supongo que toca el tío gracioso.

—Tú eres un bicho raro —contraatacó mi amigo—. Dios... Qué mal lo estoy pasando.

Me divertía verlo así, aunque me estuviera reventando el brazo con sus uñas recién limadas.

—Lo siento, cielo, pero poner Cómo perder a un chico en diez días en Halloween no era la mejor elección.

—¡Claro! —exclamó—. ¡Es mucho mejor poner esta carnicería!

—¡Calla! Ahora cae otro, fijo.

Lo noté tensarse a mi lado y, a decir verdad, yo también lo hice. La banda sonora estaba inquietándome más que la película en sí, tanto que acabé sintiendo casi el aliento del asesino en mi nuca mientras perseguía a la última chica que quedaba viva. Era la protagonista, esta no podía morir... ¿Verdad?

Pegamos un bote en el sofá cuando el tipo apareció de la nada para atacarla y, a la vez, sonó mi móvil.

—¡Mierda! —exclamé, con el corazón en la garganta.

—A mí me va a dar algo esta noche —decía Gustavo con la mano en el pecho.

El puñetero teléfono sonaba sin parar, más inoportuno y estridente que nunca. Paré la película.

Número privado.

—¿Diga? —contesté de mala gana. ¿Quién podía ser a esas horas? Silencio.

—¿Quién es? —susurró Gus.

Le hice un gesto con la mano para que se callara y volví a preguntar:

—¿Diga? —Nada—. Elías, ¿eres tú?

Escuché una respiración al otro lado.

—Vale, Elías, si eres tú, no tiene ninguna gracia...

Colgaron y me quedé con el teléfono en la oreja, entre asustada y desconcertada.

—¿Quién era? —quiso saber Gus.

—No lo sé. —Me encogí de hombros, tratando de restarle importancia—. Algún gracioso que se aburre.

—Lo que faltaba.

—Tranquilo, no tiene im...

Otra vez el dichoso teléfono. Esta vez lo cogí al primer tono.

—¿Diga?

Gus se acercó para escuchar también. De nuevo, esa respiración.

—Zoe, como seas tú, me la vas a pagar —advertí.

Colgaron otra vez, pero volvieron a llamar. Esa secuencia se repitió un par de veces más hasta que me harté.

—Mira, gilipollas, ¿por qué no te vas a tomar por culo?

Me pareció oír un susurro muy leve, ininteligible. Tanto, que ni siquiera pude distinguir si era de un hombre o una mujer. Se me erizó el vello de los brazos.

—Esto me está dando muy mal rollo —dijo Gustavo.

—Se acabó —zanjé yo, apagando el teléfono y reanudando la película.

—Oye, ¿y si ponemos algo de Disney? —sugirió él.

Le lancé una mirada asesina y volvió a acurrucarse a mi lado.

Al final se cargaron a la protagonista. No llevaba ni un minuto muerta cuando alguien llamó al timbre de casa.

Gus soltó un grito agudo.

—¡Sí, hombre! —exclamé yo—. ¿Algo más?

—Berenice, no abras —me pidió mi amigo al ver que me levantaba.
—¿Y si es Elías que se ha dejado las llaves? Vamos, aún no son ni las doce, las brujas deben seguir durmiendo.

—No tiene gracia —me espetó él con rabia—. Actúas como el listo de la película y creo que no hace falta que te recuerde cómo ha acabado.

Por un momento, me imaginé abriendo la puerta y recibiendo unas veinte puñaladas en el abdomen y sentí ganas de sentarme otra vez en el sofá. Pero alguien insistía tras la puerta y yo no podía dejarme llevar por la sugestión. Lo más probable era que fuera algún vecino gracioso. Por lo que sabía, habían montado una fiesta en el ático, y Elías había rechazado la invitación. Así que casi todo el mundo estaría allí, sin importar su edad. Ambiente familiar, habían dicho. Con juegos para los más pequeños y bebidas para los adultos.

—Esto es la vida real, Gus. Solo porque sea Halloween no va a aparecer un loco asesino para beber nuestra sangre.

—Pero, ¿y si lo es? ¿Y si el que llama es un tarado mental?

—Mira... —Suspiré y traté de sonar paciente—. Si aparece el de la matanza de Texas pidiendo un poco de sal, te prometo que se la negaré.

—A veces eres insoportablemente racional —gruñó—. El cementerio está lleno de valientes.

Lo dejé dramatizando a mis espaldas y me dirigí a la puerta tratando de aparentar tranquilidad, aunque encendí las luces del salón y del pasillo para sentirme mejor. Lo pensé dos veces antes de retirar el pestillo. Sentía nervios en el estómago, pero ahora no podía echarme atrás. No cuando me las había dado de Juana de Arco. Gustavo maldijo por lo bajo pero me alcanzó en la puerta. No era el más valiente, pero sí el más leal de los amigos. Me cogió la mano y yo se la apreté con fuerza. Tragué saliva y accioné la manivela.

Contuve la respiración y...

—No hay nadie —susurró.

Me asomé al rellano, donde la maldita bombilla parpadeaba. La música del ático llegaba amortiguada, apenas audible, pero vibraba a través del techo.

—¿Hola? —pregunté.

La única respuesta fueron unos pasos, varios pisos más arriba, que bajaban las escaleras a toda prisa. Me envaré como el palo de una escoba.

—¿Hola? —repetí.

Los pasos aceleraron y la luz del rellano se apagó de golpe.

—¡Cierra, cierra, maldita seal! —me apremió Gustavo.

Una risita maliciosa recorrió las escaleras, un sonido que parecía femenino, aunque también podría tratarse de un niño. A mi mente vinieron toda clase de películas de fantasmas. Me quedé petrificada un momento, incapaz de pensar con la racionalidad de la que me había acusado Gustavo hacía un momento, movida también, en parte, por la curiosidad.

—¡Quita!

Me apartó de golpe y cerró, justo cuando los pasos se oían más cerca. Algo se estampó contra la puerta de madera en el momento en que logramos bloquear la entrada.

El grito que proferimos esta vez fue de terror absoluto. Tal vez no fuera ningún fantasma, tal vez se tratara de un vecino tocapelotas, pero ¿y si era alguien que no estaba bien de la cabeza? ¿Cómo podíamos saberlo?

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Qué coño pasa?

Quien estuviera al otro lado continuó golpeando la puerta con fuerza y emitiendo esa risita escalofriante. La película, por su parte, seguía en marcha. Los gritos de los actores se entremezclaban con los nuestros, la banda sonora de las narices me tenía los nervios de punta.

—Apaga esa cosa —exigí, señalando el mando.

Gustavo lo alcanzó con manos temblorosas. Se le cayó al suelo en el momento en que la música subía de tono, y casi me dieron ganas de matarlo a mí.

—¡Apágala ya! ¡Y llama a la policía!

Seguían golpeando la puerta. Me daba igual si se trataba de algún chaval borracho que quería divertirse a nuestra costa; no le iba a ir mal una reprimenda de los cuerpos de seguridad.

—¡Se me ha olvidado el móvil en casa! —exclamó histérico—. ¿Dónde tienes el fijo?

—Nos están arreglando la línea —expliqué, a punto de gritar otra vez, pero de la frustración.

—¿Estás de coña? —se quejó.

—¡Coge mi móvill!

Lo alcanzó en un segundo.

—¡Está apagado! —bramó y trató de encenderlo—. ¡No me sé el pin!

Lo decía como si fuese la peor noticia que pudiéramos recibir, como si no fuera mi móvil y yo tampoco fuera a saberlo. Su pijama de seda se deslizaba suavemente con tanto movimiento, su pelo estaba indescriptiblemente revuelto y los calcetines de pingüinos resbalaban por el parquet y hacían que perdiera el equilibrio. Si no hubiera tenido algo de miedo yo también, me habría echado a reír.

—Trae aquí.

Le arrebaté el aparato con brusquedad y marqué a toda prisa, clavando las uñas en las teclas. Pin erróneo.

—¡Me cago en todo, Berenice! ¿No te sabes tu propio pin?

—¡Claro que me lo sé! —le respondí yo—. ¡Es que me estás poniendo de los putos nervios! ¡Y ese cabrón no deja de aporrear la puerta!

—No me puedo creer que en este pisazo no tengas mirilla. ¡Es

absurdo! —protestó él.

Pero, justo en ese momento, ese cabrón dejó de llamar, como si nos hubiera oído. Seguramente, lo había hecho; estábamos armando un escándalo de narices. Y los vecinos arriba, sin enterarse de nada.

Paramos la película y nos quedamos en silencio, tratando de escuchar qué ocurría ahí fuera.

—¿Se ha largado? —preguntó Gustavo con ojos esperanzados.

Nos movimos despacio, de puntillas y descalzos, procurando hacer el menor ruido posible. Acercamos nuestras orejas a la puerta y...

—¡Socorro! —gritó una mujer.

Gustavo y yo nos sobresaltamos a la vez, nos retiramos de la puerta y nos quedamos mirándonos con los ojos muy abiertos. ¿Qué se suponía que teníamos que hacer en aquel momento?

Volví a meter el pin y el teléfono empezó a encenderse.

—¡Berenice, Gus, abridme! —gritó la voz de Zoe, que no habíamos reconocido en un principio—. ¡Ayudadme, por favor!

Ni siquiera lo pensé; me lancé a toda prisa a abrir, pero la mano de Gustavo me detuvo.

—¿Qué haces? —pregunté sin entender.

—¿Y si la están utilizando para entrar? ¿Y si ya está perdida?

Se mordía las uñas casi con obsesión.

—¡Gustavo, por Dios! ¡Es Zoe!

—Es verdad, es verdad —cedió al fin—. No podemos dejarla...
¿No?

Le lancé una mirada que no dejaba margen a esa duda.

—¡Socorro! —siguió gritando Zoe, golpeando la puerta.

Traté de respirar y pensar con normalidad. Los golpes, las llamadas, esa risita... ¿Y si no era más que una broma de nuestra amiga? Era lo más lógico, ¿cómo iba a acecharnos a nosotros un psicópata?

No tenía sentido.

Una voz de hombre retumbó al otro lado.

—¡Vuelve aquí!

Zoe volvió a gritar y, por el sonido de los tacones repiqueteando, supuse que había echado a correr.

Salí por piernas hacia la cocina y me hice con el cuchillo más grande que tenía. Gustavo ahogó un grito cuando me vio aparecer, totalmente decidida a enfrentarme a quien estuviera ahí afuera.

Tragó saliva y apretó los dientes.

—Lo haré yo —anunció con voz solemne—. Soy el hombre. Tú llama a la policía de una vez.

De forma fugaz, volví a fijarme en los pingüinos de su pijama, pero no dije nada. Le entregué el cuchillo y dejé que su determinación hiciera el resto. Salí detrás de él, pellizcando su pijama. Los tacones seguían sonando, pero un piso más abajo. El móvil en mi oreja solo me devolvía tonos monocordes tras los que nadie respondía. Luego, un contestador. Las líneas estaban ocupadas. ¿En serio?

Volví a llamar dos veces más, pero el resultado fue el mismo.

Tras unos segundos agónicos, alcanzamos la luz, y todo pareció menos siniestro. Nos asomamos al hueco de la escalera y, con el cuchillo en alto, bajamos dos escalones.

—¿Zoe?

Esa risita otra vez. ¿En qué quedábamos? ¿Una mujer, un niño o un hombre? Yo ya no sabía qué pensar, pero tampoco podía meterme en casa sin más, no cuando sabía que Zoe estaba allí mismo. Una carcajada atronadora fue volviéndose más nítida a medida que los tacones subían los escalones. Una carcajada que no tenía nada de espeluznante.

Cuando vimos aparecer a Zoe vestida con un mono de látex negro, casi doblándose por la mitad de la risa, ni siquiera nos movi-

mos. Llevaba los labios rojos como la sangre, tacones imposibles y orejas puntiagudas desde las que asomaban unas ondas de pelo rubio.

—¡Tendríaís que veros las caras! —logró decir entre jadeos.

Gus no bajó el cuchillo. Tenía la mirada vidriosa, petrificada, fija en aquella arpía manipuladora y sin escrúpulos.

—Me cago en tu pu... —Me interrumpí para suspirar y relajar los hombros—. ¿Te has vuelto loca?

Miré a Gus, que continuaba en la misma posición. Le bajé el cuchillo con cuidado y le di una palmadita en la cara.

—¿Estás bien?

—Joder, qué buena actriz soy —soltó la otra zorra al llegar a nuestro rellano.

—¡Tú eres gilipollas! —gritó nuestro amigo por fin—. ¡Casi me matas!

—No, casi me matan a mí, y habéis tardado lo vuestro en salir a socorrerme, ¿eh?

—Vete a la mierda —espetó Gus y le dió la espalda para volver al piso, que se había quedado con la puerta abierta.

—¿Quién ha venido contigo? —pregunté, mirando por detrás de ella—. ¿De quién era esa voz?

Otra carcajada. Le dió a un botón del teléfono y reprodujo la misma frase aterradorizante de antes.

—Estás enferma —la acusé con un dedo y entré en mi casa tras ella antes de cerrar la puerta.

—Lo siento, no he podido resistirme, chicos —se excusó—. Tenéis que entenderme, eraís un blanco tan fácil. Sobre todo tú, Gus.

Mi amigo la miró con chispas en los ojos desde el sofá. Estaba molesto, pero el alivio en su cara era evidente.

—Venga, perdóname. No seas gruñón —le pidió ella, acariciándole la cara con la cola de su disfraz.

Él terminó sonriendo un poco, aunque trató de esconderlo. Le cogió esa cola de terciopelo y le dijo:

—Pareces un zorrón.

—Gracias, cariño —respondió Zoe, dándole un beso en la mejilla.

Me tiré a su lado y me hice con las palomitas que quedaban. Aún no se me había pasado el disgusto del todo, así que necesitaba comer algo para que el estómago volviera a su sitio.

—Bueno, ¿no se suponía que estabas en una fiesta perfecta? —quise saber—. ¿Qué coño haces aquí?

Catwoman nos pasó un brazo a cada uno por encima de los hombros y nos atrajo hacia sí.

—Las fiestas nunca son perfectas si no estáis vosotros, par de muermos.

Y, cuando ya nos habíamos relajado por completo, cuando ya pensábamos que la noche degeneraría en un atracón de chocolate y vodka, alguien traspasó la puerta del salón con uno de los vasos de mi vajilla en una mano, y una botella de quitagrasas en la otra. Los tres gritamos hasta que no nos quedó aire en los pulmones.

—¿Alguien tiene un poco de hielo? —preguntó.

Si quieres más sobre Berenice, entra en
www.escarlataediciones.com
y hazte con un ejemplar en ebook o en papel.



¡Muchas gracias!